

Patrias no, gracias

Carlos Díaz

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

Ésta es la cuestión:

a. España no tiene futuro, carente como está de identidad comunitaria, tan sólo hay allí racionalidad instrumental por parte de las Autonomías que la fagocitan en lugar de construirla. España, o la suma de sus fagocitadores. Las Autonomías no buscan el bien común, sino potenciar egocéntricamente la diferencia, el hecho diferencial entendido de forma centrípeto. Una vez más, la lucha de clases es también lucha de patrias en torno a la diferencia: patriota grande come a patriota chico; para que el patriotismo gringo lo sea hasta el paroxismo tiene que debilitar al mínimo los patriotismos de los más débiles.

b. La atrofia de identidad patria se suple con unidad bélica. España es su ejército nacional, centrado a su vez en su segundo ejército OTAN, a su vez centrado en su tercer (ya en preparación activamente impulsado por Madrid) ejército europeo. Tres ejércitos para ninguna identidad. ¿*Cui prodest*, a quién beneficia? A los ricos, así bien defendidos. Cuando el rico grita «¡Patria a la vista!», grita: «¡mis tierras, mis dineros, mis posesiones a la vista!»; cuando el grito del pobre acompaña a ese grito del rico ¿qué grita sino «¡miseria a la vista!», y en última instancia qué pregona sino el anticipo de su propia muerte?

c. En España, ausente la patria interior y presente el ejército, sólo queda Europa como argumento, es decir, el dinero, el ecupatriotismo. El ecu y cierra España, el ecu como comunidad monetaria, mercado común. Paradoja: cuando un español pobre dice España, una multinacional japonesa sonríe y pide más caviar para sus accionistas. Poderosa patria es don dinero.

d. Busquemos, pues, la patria de identidad humana, patriótica y matriótica, en los valores verdaderos e importantes, el primero de los cuales es la persona humana, la patria grande de la libertad, igualdad y fraternidad, el proyecto personalista y comunitario, lo que exige la denuncia del patriotismo establecido y

del que trata de establecerse sobre el desorden axiológico. Construyamos sin fronteras una comunidad de humanos que sea una persona de personas, federándonos y confederándonos desde la periferia al centro según las leyes de los vasos comunicantes, en orden al «lo tenían todo en común». Ésta es la patria eterna, la que no muere.

Lo asombrosamente tonto es que cada patriota parezca dispuesto a pegarse contra cada otro patriota por la superioridad de su propio chupachú, sin darse cuenta de que todos los chupachús enamoran a todos los patriotas con la misma chupintensidad. ¿No será porque cada uno de ellos al mirarse en el espejo de su patria-chupachú no es capaz de ver más que el propio rostro, contemplado con mirada ultranarcisista y supremacista? ¡Patria, como la madre, no hay más que una!, gritan todos los hiperpatriotas, y lo curioso es que lo vocean todos... ¡a una!, como Fuenteovejuna. Pues bien, si tal es así ¿por qué no unificáis todas las patrias en una sola patria, la mejor de los mejores, la común a la entera humanidad?

Patria sólo si grande. Ni siquiera sin fronteras se encuentran los pueblos libres de sus egoísmos; en Brasil, por ejemplo, fácilmente el «Sur maravilla» mira por encima de los hombros al Nordeste empobrecido, y la Argentina de Buenos Aires fácilmente pospone a las gentes hermanas «de tierra adentro». No, ni siquiera sería deseable una Patria de Patrias Hermanas, ni grandes ni pequeñas, pues allí donde los alambres de espino aparecen hay neocolonialismo a la vista.

¿Cuántos kilómetros cuadrados tiene que medir una patria para comenzar a serlo? Imaginamos que no hay respuesta, porque la *patria* resulta inconmensurable. Así que, ya puestos, amamos las patrias de humanidad, no las valladas ni las kilometradas, pues la patria del ser humano está en el espíritu humano. Esto, de entrada.

Más luego hay que añadir esto otro: patria donde no se permite el libre tránsito sin mirarle a nadie el origen ni impedirle la libre residencia no es patria, que es cárcel. Una patria nunca está hecha. Patria hecha, patria deshecha. Lucenses, astures, cántabros,

vascones, sordones, ceretanos, lacetanos, ilergetes, berones, arévacos, turmódigos, bracarenses, lusitanos, vettones, lobetanos, edetanos, olgades, carpetanos, contestanos, germanos, oretanos, célticos, turdetanos: bien venidos, bien quedados, bien idos.

Nosotros vamos a seguir trabajando pobremente para todos los seres humanos de buena voluntad, con independencia de su condición de tirios o de troyanos porque, de todas las patrias, la del *trabajo* es la más acorde con la humana condición. Nuestro lema es, pues, dicho cartesianamente, el que sigue: *laboramus, ergo sumus*, trabajamos, luego existimos; desde esa perspectiva, sea nuestra humilde existencia de gran intensidad, disfrute de existencia plurivital en una sola vida, para que nuestros verdaderos compatriotas sean los co-laboradores, dure lo que dure el trayecto.

Una patria, en todo caso, mejor o peor, es la unidad de sus latidos comunes, la cuna en que se mecen los mismos sueños de un colectivo. Cada cual tiene la patria que se merece. Allá cada cual, pues, con la suya:

Cada uno en el rumor de sus talleres
a diario la patria se fabrica.
El carpintero la hace de madera
labrada y de virutas amarillas.
El albañil de yeso humilde y blando
como la luz. El impresor de tinta
que en el sendero del papel se ordena
en menudas hormigas.
De pan y de sudor oscuro el grave
campesino. De fría
plata húmeda y relente
el pescador. El leñador de astillas
con forestal aroma cercenada.
De hondas vetas sombrías
el minero. De indómitas verdades
y hermosura, el artista.
Cada uno hace la patria
con lo que tiene a mano: la sumisa
herramienta, los vivos materiales
de su quehacer, un vaho de fatiga,
una ilusión de amor y, en fin, la rosa
de la esperanza, aun en la sonrisa
(Leopoldo de Luis: *Patria de cada día*)

Por nuestra parte, cada día redescubrimos con más afición la vocación de *metapátrida* que nos inhabita, aunque dicha afición venga de antiguo, quizá desde el día en que nos emocionamos leyendo que ni los obreros explotados ni los pobres de la tierra tienen dónde reclinar la cabeza, a pesar de que los ricos para defender sus posesiones enseñen a cantar a los más desheredados los himnos y a tremolar las banderas con las que se dejen matar en las guerras patrioterías, llevándoles de este modo tan contentos como engañados al matadero.

Las patrias no son más que el engaño de los pobres y el dinero de los ricos. A ver, niños:

- ¿Es que acaso la misma patria ha de envolver en su bandera al soldadito que al cacique?
- No, maestro, la de aquél es de tosco paño, la de éste de fina seda.
- ¿Dónde está la patria de los miserables chabolistas sin tierra?
- En ninguna parte, maestro, no es sino un espejismo surgido de la sed y del hambre de sus vidas.
- ¿Cómo pueden compartir patria quienes no comparten suelo?
- De ninguna manera, maestro, pues el suelo que los unos quitan a los otros no une, sino que separa.
- ¿No es la patria de los terratenientes a costa de la patria de los terratenidos?
- Sí maestro, acabamos de decirlo en la respuesta anterior.
- ¿Misma madre patria, mismo grito referencial, mismo sudario envolvente el de hijos con suerte tan dispar?
- No, maestro, no. No nos pregunte más, por favor, que ya hemos comprendido.

Confesamos que cuando nos hablan solemnemente de patrias no entendemos nunca, pues sólo entendemos de paisajes con paisanajes al fondo, de nexos tradicionales y comunitarios, de culturas y de civilizaciones, pero esto ya no es patriótico sino en todo caso matriótico, proyecto de allendidad. Esto otro es lo que nosotros entendemos por nuestra parte: el sable y el cañón son lo que llaman patria, el libro y la pluma son la matria; el rumor del sable y el tronar del cañón matan el lenguaje silencioso del libro y la firmeza de la pluma manifestándose. Lo que ellos grandilocuente llaman patria es la frontera, la bandera, el egoísmo; la matria es la naturaleza silenciosa, aquello que nos hace comunes a todos los humanos, por igual necesitados de ser queridos. La patria es la exclusión, la cerca, el derecho de propiedad; la matria es la Oda a la Alegría, con ese beso que abarca a la humanidad abatiendo los muros de lo tuyo y de lo mío. La patria es el hombre viejo, con cerebro de reptil, el estegosaurio; la matria es el neocéfalo de una inteligencia sentiente capaz de enamorarse. La patria es el muñón, la matria es la mano. Y la matria abre al más allá metapatriótico.

Así pues, *por una matria a la vez humanisferio y teosfera*. El trabajo del que hablamos ahora no es una variante de los trabajos de Hércules, de gigantomaquias espectaculares por mucho que lo pretendiera; trátase más bien de un laboreo humano y para seres humanos con todas sus fragilidades correspondientes, incluida la fragilidad de todas las fragilidades, razón por la cual su patria es asimismo la del *ser humano*, por así decirlo su esfera es el *humanisferio*, patria de la fragilidad que busca más allá de sí misma. En resumen, bástenos el paisaje y el paisanaje humaniza-



dos, nuestro imaginario social, la verdadera *matria* común, y en ella queremos desarrollar la *fratría* o comunidad de hermanos *metapátridas*.

A su vez, desde ahí busquemos *lo divino* que hay en esa laborante condición humana, sin cesar de lanzar miradas más o menos furtivas cada día y cada noche, en la salud y en la enfermedad, desde la tierra hacia lo alto del cielo, hacia la patria eterna, hacia la *teosfera*. La patria es ante todo una Causa.

Irse del patrioterismo pequeño por carencia de empatía con la patria pequeña no basta para asentar debidamente la propia tienda en la patria grande, pues la pérdida de una carrera no constituye aval suficiente para la ganancia de la segunda. Ciertamente, por eso nosotros no somos de aquellos que progresan en euforia a tenor de lo creciente de sus decepciones, de ahí que nunca hayamos compartido la filosofía catastrofista del «cuanto peor, tanto mejor», pues sabemos bien y por experiencia propia que en todas partes cuecen habas. Por eso no nos vamos, nos quedamos, *nos quedamos aquí, y además sin patria, más allá de toda patria*. Aquí estamos, pues, llorando, y a ti que te sientes también como nosotros nos sentimos te invitamos a llorar sin que las lágrimas te impidan ver el sol, antes al contrario con la conciencia de que ciertas lágrimas pueden ser purificadoras si el llanto es a la vez canto, llanto firme y canto más firme todavía. Al ir iremos llorando sembrando las semillas, al vol-

ver volveremos cantando recogiendo las gavillas. Recabamos para nosotros, en suma, la identidad de *metapátridas activos*, de aquellos que mientras lloran siembran, invitando a los demás a co-laborar en la siembra, pues la mies es mucha y los trabajadores pocos; así que ven a llorar-sembrar con nosotros, hermano, haz como dice Horacio: *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*, si quieres que yo lllore ha de dolerte primero a ti mismo.

Henos aquí, pues, tratando de sustituir poco a poco la identidad patriótica del RH por la *identidad mestiza*, allí donde lo personal y comunitario de los seres humanos se encuentra, se hermana, se humaniza en el intercambio de las sangres y de las culturas sin fronteras. Los racistas y los patriotericos a ultranza tienen sus días contados, pues el color de los colores del mundo es el color mestizo: ¿quién podría ponerle fronteras a la polinización de los colores de la Tierra?

En fin, no deseáramos dar demasiado portazo al salir del patriotismo para entrar en el mestizaje, conscientes de que el estilo es el hombre. Sin rabieta, *nos quedamos yéndonos y nos vamos quedándonos*, con la cabeza fría y el corazón en su sitio, tristes por todo lo que el éxodo significa, pero a la vez esperanzados y satisfechos por la nueva y superior estrella a la que desde ahora perseguimos. Gracias, en fin, a la patria pasada, y adiós.